

MONARQUÍA PRIMITIVA

B ella polémica Albiac-Anson. Pero no son las razones, sino las pasiones, las que crean las formas reales de Gobierno. La teoría pasional del Estado demuestra que una República con separación de poderes convoca pasiones menos arcaicas y más nobles que las de la Monarquía Parlamentaria. Aunque todas las pasiones, incluso las más espirituales, tienen su impulso motor en el organismo humano y, en este sentido, todas son pasiones animales, unas son más primitivas que otras. Eso no depende de la elementalidad de cada patrón emocional, como creía Descartes, sino de la vecindad del sentimiento al instinto fijado por la evolución en el cuerpo pensante. Las pasiones relativas al poder, dado el origen tribal de la humanidad, son de las más primitivas. Hasta el punto de que la autodeterminación de los pueblos sobre su forma de gobierno aún depende del factor neuro-hormonal socialmente dominante en el momento constituyente de cada tipo de Régimen de poder. A esta Monarquía no la explica la pasión de la libertad, ni la necesidad del mercado europeo, pero sí los impulsos glandulares que dieron seguridad a los medrosos y oportunistas faunos de la incivilizada oligarquía española.

Si pensamos en la simplicidad de los sentimientos colectivos que hicieron tan fácil en España el tránsito social y cultural desde la dictadura de un partido a la oligarquía de varios, el fenómeno de la transición política no debería causar extrañeza. Como era de esperar en un país modelado durante tanto tiempo por pasiones de adulación al poderoso y de apego a lo inmediato, todo sucedió conforme a las leyes de la animalidad territorial y gregaria. Un fuerte instinto primitivo, el de conservación del propio cuerpo, cedió el paso sin dificultad a otros instintos primitivos, los de invasión sobre los cuerpos ajenos y sobre las cosas reales o imaginadas del mundo, tan pronto como las ambiciones sociales de clase superaron al miedo en tanto que factor común de cohesión política. Lo extraño habría sido que aquellas pasiones animales por el cuerpo propio (las de alojarse, dormir, comer, vestirse, acicalarse), desarrolladas con ahínco bajo la dictadura, hubieran propiciado al final de la misma, y sin mediar la acción de alguna voluntad liberadora, las nobles pasiones del alma que la libertad hace despertar sobre mentes afines y cosas admirables. O sea, las evolucionadas pasiones de querer, saber, hacer y obrar, propias de la cultura culta y la civilización civilizada.

Aparte del estallido social de todos los modos de expresión del erotismo, que es la más simple de las emociones de la libertad sobre los cuerpos ajenos, las pasiones políticas que dieron tono popular a la transición no se basaron en la admiración de las masas gobernadas al cínico reparto del poder entre sucesores del dictador y oligarcas de partido, ni en la se-



ducción de las conductas y argumentos de unos medios de comunicación que habían sido hasta entonces pilares de la dictadura. La popularidad le vino a la Monarquía de sus novedades en el reparto oligárquico: generosa inclusión del partido comunista y mágica creación de 16 autonomías presupuestarias. El designio histórico de nuestra transición —habilitar una clase política entre la que repartir el poder territorial del Estado— se concibió como un colonizaje interior a la vista del botón autonómico. ¡Puestos y presupuestos para los segundones! Los años de servidumbre habían acabado con la dignidad de la oposición. La ambición de partido se concretó en la colocación de las familias políticas en el Estado de las Autonomías, como antes hizo la Noblezza en el de los Virreinos. Se abandonan los ideales. Se abrazan los cargos. Y las primitivas pasiones de envidia impiden que, pese al tibio impulso de unas libertades otorgadas, entren en juego las pasiones republicanas de justicia y seducción que engendra el amor a lo verdadero.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

ARZALLUS EMPIEZA A ABURRIR

A Juan Bravo le han llegado inequívocos mensajes en los últimos tiempos que le han hecho meditar. Sus amigos de los servicios informativos de las televisiones, públicas y privadas, le han dicho más de una vez: «Arzallus repele a la audiencia. Cada vez que sale, vemos como baja minuto a minuto el número de espectadores del programa». O bien: «Arzallus ya aburre; la gente está harta de la cantinela nacionalista». O, más aún: «Si hubiera un ranking en las preferencias de los telespectadores sobre los políticos, Arzallus se saldría por abajo». Naturalmente, esas reflexiones

A los gobernantes siempre les ha gustado tener grandes multitudes bajo su autoridad. Ello incrementa el faraónico placer de mandar. No es lo mismo dar órdenes a la secretaria, al conserje, al mayordomo o a la sirvienta que sentirse por encima de una muchedumbre variada e inmensa de seres pendientes de las decisiones tomadas desde la altura del poder. También a muchos gobernantes les place rodearse de colaboradores mediocres, tanto por su sumisión como porque ello les permite ganar una estatura que de otro modo no tendrían. Son fenómenos bastante lamentables, pues, aún en la tesitura de mandar, parecería preferible ejercerla sobre un colectivo de la mayor categoría intelectual y humana, aunque fuere más reducido, y contar con equipos valiosos, pero el pedantesco llamado erotismo del poder es normalmente tan elemental que prefiere la cantidad a la cualidad.

Vienen estas consideraciones a cuento del bombardeo a que estamos asistiendo, justamente en la iniciación de este milenio, de informaciones y comentarios en que se expresa gran preocupación por el escaso crecimiento demográfico en Europa, especialmente en nuestro país. Y que han cristalizado en crecientes medidas gubernamentales,

no pueden considerarse de forma absoluta, porque es evidente que una de las funciones del periodismo responsable es denunciar las salidas de pata de banco de cualquier político, y Arzallus las ejecuta con notoria asiduidad. Pero, sin duda, el lamento victimista permanente, cuando no el agresivo discurso secesionista, aburre al personal de forma ostensible. Arzallus parece un disco rayado, que se interpreta para una secta de fieles, a años luz de lo que interesa a la mayoría de los españoles y demás europeos.

Juan BRAVO



MITOLOGÍA NATALISTA



afortunadamente bastante ridículas, para fomentar la natalidad. A mi modo de ver toda esta inquietud y consiguiente política, que sigue el mandamiento bíblico de creced y multiplicaos, resulta irracional, y descajada del mundo científico y técnico en que vivimos.

No hace muchos años en repartidos censos de demografía se expresaba la justificada inquietud por el rápido crecimiento de la población mundial. Muy anteriormente entre los filósofos, Bertrand Russell en sus ensayos sobre la sociedad contemporánea y la ciencia alertada sobre los necesarios límites de tal crecimiento. Y no hay razones para considerar como una desgracia la estabilización de la población mundial con crecimiento cero. Todo lo contrario, semejante situación permitiría un mayor equilibrio con el entorno y los recursos naturales y una más justa distribución de éstos. De la misma manera que también el mítico crecimiento económico, no unido a la solución de los básicos problemas planetarios, sino al despilfarro y a la producción de caprichosas novedades, así como la degradación ambiental, debe encontrar sus fronteras. Ya Wallenstein señalaba el absurdo básico del espíritu capitalista, la obsesión de acumular para seguir acumulando.

Las mitologías del necesario aumento de natalidad y del crecimiento económico son dos grandes tópicos que deberían ser desterrados. Hay suficiente población y riqueza en el mundo, el problema no es de incremento sino de distribución y de desarrollo de los auténticos valores vitales. En este sentido sí existe una descompensación manifiesta entre el Primer Mundo y el Tercero. Es necesario que tanto la riqueza como la limitación de la natalidad se extienda del universo rico al pobre. Informaciones recientes hablaban de los 160 millones, provenientes del Tercer Mundo, que Europa necesitará como fuerza de trabajo. Pero ¿no se había dicho que con las nuevas tecnologías cada vez haría falta menos mano de obra? La mentalidad oficial está pronunciando dos discursos contradictorios. Aumento del ejército laboral y reducción de su necesidad. ¿No es el paro uno de nuestros mayores problemas? Mucho me temo que de lo que se trata es de conseguir mano de obra explotada en las tareas de inferior calidad.

También tópicamente se recurre al llamado «envejecimiento» de la población. Semejante expresión es insidiosa, da la impresión de una decrepitud del colectivo y no de su saludable aumento de esperanza de vida, que es lo que significa. Una sociedad que madura y se desarrolla. Se arguye que con una reducción del número de trabajadores jóvenes la atención a los jubilados se convierte en un problema. Naturalmente, cuando las jubilaciones prematuras son un truco para «racionalizar» en el perverso uso de este término que no significa sino aumentar los beneficios. Y nada lógicamente, cuando en la «sociedad del conocimiento» las personas maduras pueden desempeñar óptimas tareas, aunque no sean capaces de batir marcas olímpicas. Repensemos tantos tópicos y busquemos una sociedad a la altura de nuestras posibilidades.

Carlos PARÍS